

Jünemann: la primera Biblia chilena y de latinoamérica

ANDRÉS GONZÁLEZ SCHAÍN*

RESUMEN

El ensayo rescata y reivindica el nombre del chileno-alemán Guillermo Jünemann como el pionero en traducir la Biblia completa desde el original griego al castellano en tierras latinoamericanas (1928). Corrige así una equivocada tradición histórica que daba tal título al argentino-alemán Juan Straubinger (1948). Luego recorre brevemente la historia y evolución de las traducciones bíblicas y su uso en nuestro continente, revalorizada definitivamente por el Concilio Ecuménico Vaticano II. Finalmente, el artículo señala que en nuestra Universidad se acaban de conmemorar los cincuenta años del comienzo del Concilio con la realización de las «Jornadas Teológicas del Cono Sur y Brasil - Ronaldo Muñoz», concluyendo que dicho encuentro fue un incentivo para que la hermenéutica comunitaria de la Teología de la Liberación reimpulse el movimiento bíblico, en una organización verdaderamente ecuménica, el cual es un especial desafío para nuestra realidad chilena de hoy.

Palabras clave: Biblia, Jünemann, Straubinger, Concilio Ecuménico Vaticano II, Teología de la Liberación, Ecumenismo.

ABSTRACT

The essay rescues and claims the name of the chilean-german Guillermo Jünemann as the pioneer in translating the entire Bible from the original greek into Latin American lands in castilian-spanish (1928). Thus correcting an erroneous historical tradition that gave that title to the german-argentine Juan Straubinger (1948). After briefly covers the history and evolution of Bible translations and their use in our continent, finally revalued by Vatican Ecumenical Council II. Finally, the article points out that our University is just to commemorate the fiftieth anniversary of the beginning of the Council with the completion of the «Theological Seminar of the Southern Cone and Brazil- Ronaldo Muñoz», concluding that this meeting was an incentive for community-based hermeneutics Liberation Theology movement reinvigorating the Bible in a truly ecumenical organization, which is a particular challenge for our chilean reality today.

Key words: Bible, Jünemann, Straubinger, Vatican Ecumenical Council II, Liberation Theology, Ecumenism.

* Profesor de Formación Cristiana en Instituto Duoc UC. Estudiante de Magíster en Educación Religiosa en Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez. andres8872@gmail.com

«Los Libros Sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (*Dei Verbum*, n. 11).

Si la Biblia —aquella compilación de libros más amada y más odiada y, por lo mismo, más estudiada de toda la historia— es tan importante fuente para nuestras concepciones religiosas e ideas teológicas, históricamente tan condicionadas, entonces para nosotros en Chile es un honor que la primera versión autóctona latinoamericana se haya realizado en nuestras tierras sureñas. Aunque apenas tenga poco más de 80 años.

Es cierto que existía mucho antes, desde el mismo comienzo de la Conquista, y que se difundió considerablemente desde entonces. Pero publicada completa como Biblia traducida directamente desde el griego al castellano —como proeza original realizada en nuestro propio continente—, ni siquiera alcanza un siglo. Y dicha primacía pertenece a un poco difundido erudito de origen alemán —radicado en Chile—, el Padre Guillermo Jünemann Beckschäfer (Welwer, Westfalia, 1856 - Tomé, Concepción, 1938).

Pero persiste un error histórico generalizado en la tradición académica que ha olvidado el nombre de Jünemann, equivocación repetida masivamente hoy como nunca antes por las imprecisiones “copiadas y pegadas” en el desorientador mundo de Internet, cual defecto de molde en una descuidada producción de fábrica. Una de cuyas versiones más comunes ha sido la de suponer hasta el día de hoy que la primera traducción latinoamericana desde el original griego fue la que el Obispo Juan Straubinger hizo en Argentina (véanse, por ejemplo, la lista de entrevistados por el autor en Referencias (infra); www.aciprensa.com, 2008, etc.). Paradójicamente, esto lo corrigió él mismo en su *Nuevo Testamento* —muy elogiado sobre todo por sus iluminados y generosos comentarios exegéticos a pie de página—, donde da el justo reconocimiento a Jünemann, «hasta hoy ignorado en el mundo bíblico». El mismo Straubinger anota que aquél, precisamente dos décadas antes, «en el año 1928 publicó en Concepción, en forma harto modesta, como suelen aparecer las grandes obras, una cuidadosa y muy competente versión literal del Nuevo Testamento según los mejores códices: Vaticano, Sinaítico, Alejandrino», en sus mejores ediciones (Straubinger, 1948: 3).

Otro récord meritorio de Jünemann es que llevó a cabo la traducción completa del Antiguo Testamento –con igual esmero en la exactitud y por primera vez en el mundo de la lengua castellana–, en base al texto de la muy ilustre y venerable traducción griega llamada De los Setenta o Septuaginta (LXX), con breves notas críticas que la comparan con el Texto Masorético hebreo y con la Vulgata latina. Sin embargo, esta primera parte de la Sagrada Escritura, que el presbítero terminó de verter ese mismo año de 1928, por desgracia fue, en base a sus apuntes, recién publicada hace veinte años con motivo del 500º aniversario del descubrimiento de América –en un solo volumen como Biblia completa– por iniciativa del Centro de ex alumnos del Seminario Conciliar de Concepción, presentada por su entonces Arzobispo Antonio Moreno, y cuya edición hoy día es muy difícil de conseguir (Jünemann, 1992).

«El problema –observa el Obispo Moreno, reconocido biblista– es que no sabemos exactamente qué ediciones empleó». Aunque hay quienes suponen que alguna edición crítica contemporánea de Rahlfs y alguna de Tischendorf-Nestle para los tres Códices principales, que también contienen a la LXX con leves variaciones. Si ello se lograra determinar, bien podría servir para una edición interlineal palabra por palabra.

Otro precedente latinoamericano es Galbán Rivera, que publicó en México una *Sagrada Biblia* en 25 volúmenes (México, 1931-33), traducida desde una edición protestante francesa (*La Bible de Vence*, 1748). Y aún antes de ambos trabajos, merece mención el de H. B. Pratt, misionero presbiteriano de EE.UU., que en Bogotá (Colombia) publicó una traducción de *La Biblia*, en 1878, auspiciada por la American Bible Society, de Nueva York (Brown, Fitzmyer & Murphy, 2004: 772 s.). Gran mérito evangelizador-misionero. Pero en todos estos casos se admite que el trabajo de traducir a nuestro castellano no provino de manuscritos-fuentes en sus lenguas de origen, como sí lo hace la laboriosa superioridad de la filología científica, específicamente de la metodología llamada «crítica textual».

Llama nuestra atención que todos esos precedentes se adelantaran al año 1943, cuando recién el papa Pío XII publicó su encíclica *Divino afflante Spiritu*, en la que animaba a los católicos –que en esto los hermanos cristianos no católicos nos dan ejemplo de la iniciativa y de desarrollarla con suficiente libertad– a elaborar seriamente –como resultado de un estudio científico– nuevas traducciones de las Escrituras a partir de sus tres idiomas originales: hebreo, arameo

y griego. Impulso que ha estado causando desde entonces una imparable producción de gran variedad de versiones a nuestros idiomas contemporáneos, y cada vez de mejor calidad.

El biblista Ignacio Chuecas, aunque prefiere el Antiguo Testamento traducido desde su original hebreo-araméico, considera que el P. Jünemann «fue un visionario, porque la LXX tiene ahora mayor vigencia, entre los estudiosos, que en los tiempos de él». Y la razón de por qué recurrió lleno de devoción a tan magna obra, fue por el valor que le concedieron los mismos escritores inspirados del Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia, que en general citaban y hacían referencia directamente desde ella.

Recuérdese que la LXX –de los siglos III a. de C. - I d. de C.– fue la primera y más importante traducción del Antiguo Testamento, así como la más leída por la cultura judeo-helenística en los tiempos de Jesucristo y los Apóstoles, y la que ellos mismos utilizaban más autorizadamente.

Su afán por la exactitud original

Quien lleva el muy honroso título de primer traductor de la Sagrada Escritura en la América Hispana, tuvo el afán por lograr el mayor perfeccionamiento en la exactitud de aquel mensaje original bíblico, a veces a costa de la claridad y del poco amigable estilo de forzar el hipérbaton (la modificación del orden de las palabras dentro de las frases u oraciones). Jünemann tenía muy arraigada en las venas la precisión tan querida por el genio alemán de sus antepasados, y por eso eligió darse pocas libertades. Así lo interpreta su coterráneo de origen, Straubinger (cuya admirada Biblia completa fue reeditada el 2007 por la Universidad Católica de La Plata (www.aciprensa.com, 2008), excepto, por desgracia, su excelente Introducción a su versión del *Nuevo Testamento*, de donde extraemos la siguiente cita): «Su preocupación ha sido entregar el original al pie de la letra, como si escribiese en griego con palabras castellanas, de modo que si la construcción y el estilo, muy rico en léxico, sorprenden naturalmente por su uso poco frecuente, ofrecen, sin embargo, gran interés para los estudiosos que, ignorando el griego, pueden tener casi la impresión de estar leyendo el original» (Straubinger, 1948: 7).

Y así lo explica el mismo Jünemann: «Obra de mi vida entera, puedo llamar a esta versión por su magnitud, sus dificultades, la enorme

suma de estudios previos. Con la más rigurosa fidelidad la he hecho, y para probar a la vez la superioridad del castellano sobre todos los idiomas modernos en cuanto a la elasticidad sintética» (Jünemann, 1939: 123).

Su obra de traducción, desde 1920 a 1928, es elogiada por el también traductor Narciso Colman, al decir que dio «a luz toda la verdadera Biblia en verdadero español. Porque su lema fue respetar con respeto soberano la Palabra Divina para no alterar en ella una sola “i”, y presentar la lengua española en toda la riqueza de su vocabulario y flexibilidad, para que no apareciera plebeya ante la reina de todas las lenguas humanas: la griega». Según Luis Fernando Figari, fundador del Sodalicio de Vida Cristiana, «la traducción del padre Jünemann constituye aún hoy un testimonio bíblico de valor único. Incluso su literalidad extrema puede servir para seguir desde el castellano al texto griego de la LXX o al del Nuevo Testamento». A este respecto, cita al jesuita español Gabriel María Verd, que señala en general: «Las versiones literales transparentan al texto original, y pueden ser sumamente iluminadoras en la lectura privada de una persona de cultura» (www.multimedios.org, sin fecha). E Ignacio Chuecas, hebraísta –que forma parte del equipo de traductores del Centro Bíblico para América Latina (Cebipal), presidido por el obispo auxiliar de Valparaíso Santiago Silva Retamales, actual secretario general del Episcopado y secretario general del Celam–, opina que «el literalismo tiene la ventaja de dar un acceso mucho más real al texto originario en su retórica y arquitectura, como veo en Straubinger en los géneros narrativos de su Antiguo Testamento, y esto no lo logran las actuales teorías de traducción que favorecen el sentido».

Pero para Moreno, «el literalismo de Jünemann hace que la lectura sea difícil para el uso corriente por motivos pastorales, litúrgicos y exegéticos, porque no es construcción castellana, sino griega, por lo que ambas no se corresponden. En cambio, Straubinger es un exégeta, porque su traducción refleja el sentido profundo de los autores; y sus comentarios a pie de página intratextuales –es decir, de textos con otros textos dentro de la misma Biblia– son muy útiles hoy en día para propósitos pastorales y espirituales».

Cuando muy pocos leían la Biblia

Hay quienes creen que la Sagrada Escritura fue mantenida por la Iglesia en latín para ignorancia del pueblo, pues nadie que no supiera

ese idioma podría leerla. Pero la verdad es que el libro más leído y más traducido en la historia de la humanidad fue conocido desde siempre por las más variadas lenguas para el acceso común de cada época y lugar: en hebreo, arameo, griego, latín y sus derivaciones romances, incluido el castellano. La ignorancia relativa se debió a que muy pocos sabían leer y escribir, pero mientras dificultosamente se alfabetizaba a la población (gigantesca obra de la Iglesia, directa o indirectamente), muchos aprendían cuando se les relataban de memoria las historias sagradas –sobre todo acerca de lo esencial de la fe: nuestro Señor Jesucristo–, a través del teatro, la música, la pintura y cortos textos bíblicos selectos, incluso traducidos a los dialectos autóctonos, métodos de los que también se sirvieron los misioneros cuando evangelizaban. Algo de ello lo refleja la aplaudida película «La Misión» sobre la evangelización llevada a cabo por jesuitas en la América del siglo XVIII.

Si bien la Biblia, o selecciones de ella, ha sido vertida a las lenguas vernáculas durante toda su historia –sabemos que a nuestro primitivo castellano existe desde el siglo XIII por obra del rey Alfonso X “El Sabio”, en su totalidad textual, y aún antes, pero parcialmente–, la verdad es que muy pocos la leían entonces. Entre una mayoría de población analfabeta, los menos podían tener acceso a ella. Y aunque en los tiempos de Jünemann y Straubinger todavía no se daban grandes cambios, sin duda que ambos contribuyeron a la difusión y comprensión de lo que por entonces era, por algunos, censurado.

A principios y a mediados del siglo XX, en general «la gente no leía la Biblia; sólo los protestantes y algunos curas, pero no todos», asegura el historiador, especialista en la Iglesia chilena, Marciano Barrios. Aquéllos, la traducción Reina-Valera; y entre los católicos, algo la Vulgata y en menor medida la Torres-Amat, pero casi nada la de Jünemann ni otras, e insuficientemente en los seminarios. Recién en la década de 1930 recobró impulso el movimiento bíblico católico con algunos excepcionales sacerdotes, como Juan Salas, que en la parroquia San Juan Evangelista de la calle Lira enseñó a jóvenes intelectuales como Jaime Eyzaguirre y Julio Philippi; o como Humberto Muñoz, que formó centros populares para estudiar la Biblia, mientras algunos lo acusaban de haberse convertido en “canuto” (forma despectiva para referirse al miembro de una iglesia evangélica o protestante) por hacer esa obra evangelizadora. Después, Antonio Moreno y Beltrán Villegas, en los años 50, enseñaron en la Pontificia Universidad Católica con la

novedosa traducción castiza de Nácar-Colunga. Pero fue el Concilio Ecuménico Vaticano II, en los años 60, el incentivo definitivo para los estudios escriturísticos, aunque por desgracia también abrió las puertas a la confusa interpretación que dio la libertad para traducirla, leerla y comentarla. Si bien el Espíritu Santo no deja de llamar a toda la Iglesia a su permanente auto-purificación.

Un movimiento bíblico mundial comenzó a organizarse desde entonces, especialmente para Latinoamérica con la Conferencia Episcopal de Medellín de 1968, y que particularmente en Chile concretó su auge en la década de 1980. Así lo explica César Carbullanca, biblista de la Teología de la Liberación:

«En este contexto de opresión [del gobierno militar] y desde esa preocupación por los pobres, el pueblo creyente, sacerdotes y pastores –en su mayoría pobres– comenzaron a descubrir en la Biblia un mensaje que daba sentido a sus vidas y luchas por un orden social más justo; se trata de un paso eclesial, de gran envergadura, desde una lectura que “adoctrina” y por tanto “clerical”, hacia otra donde el propio pueblo encuentra una noticia liberadora. En esta nueva manera de leer la Biblia, el pueblo encontró que ella era un libro que estaba vivo y que los personajes y acontecimientos de la Biblia mostraban problemas similares a los actuales, de tal manera que las páginas de la Biblia le entregaban ahora una fuerza y energía para luchar por la transformación social. No se trataba *de saber, sino de experimentar una buena nueva liberadora*» (Carbullanca, 2011: 6).

Pero Carbullanca constata que –debido en parte al cambio de contexto socio-político– el movimiento bíblico declinó dentro de la década de 1990, sobre todo en Chile. Muy conscientes de ello, del 12 al 15 de julio de 2011, la Universidad Católica Silva Henríquez sirvió como anfitriona para conmemorar los cincuenta años del comienzo del Concilio con la realización de las «Jornadas Teológicas del Cono Sur y Brasil - Ronaldo Muñoz». Particularmente, en la mesa de trabajo N° 10, llamada «Lectura comunitaria de la Biblia en la tradición latinoamericana. Perspectiva ecuménica», una veintena de participantes propusimos organizar un movimiento bíblico de hermenéutica comunitaria entre los países representados, y particularmente en Chile, desde un decidido ecumenismo que se esfuerce por superar el fundamentalismo. El encuentro fue un incentivo para que la hermenéutica comunitaria de la Teología de la Liberación reimpulse el movimiento bíblico, en una organización de verdadero

diálogo interreligioso, constituyéndose en un especial desafío para nuestra realidad chilena, y así lo constatamos al co-redactar nuestras conclusiones ([//jornadasteologicas.cl](http://jornadasteologicas.cl), 2011).

Siendo el *Te Deum* –tanto de la catedral católica como de la catedral evangélica– tan buen ejemplo de ecumenismo, planteamos: si el carácter ecuménico del *Te Deum* se originó en la iniciativa del arzobispo Raúl Silva Henríquez cuando en 1971 invitó a representantes de otras iglesias cristianas a participar con sus oraciones, como así se lo solicitó el entonces Presidente Allende, consciente de la crisis de unidad que sufría Chile como nación; más aún si quien dio la homilía ecuménica fue Jorge Medina, quien había sido perito teólogo en el Concilio (y que hoy, sin embargo, mantiene una imagen de “cardenal conservador”), entonces preguntamos: ¿es posible volver a entusiasmar al movimiento bíblico en ese mismo espíritu pentecostal? ¿Hay buenas voluntades para volver a convocar fuerzas que tomen en serio la investigación de los fundamentos de la esencia de ser cristianos, y que con una estrategia de futuro se organicen encuentros comunitarios –populares y sencillos– para seguir a Cristo hoy? ¿Podiera ser que las Jornadas Teológicas, recién celebradas en la Universidad que lleva el nombre de aquel pionero Arzobispo del ecumenismo, sean un nuevo empuje al movimiento bíblico latinoamericano y chileno? ¿Podiera ser que el interés de Jünemann, tan poco apoyado en su tiempo, sea un buen ejemplo para ese refortalecimiento tan ansiado de hoy?

De justicia histórica

En los tiempos del P. Jünemann eran muy pocos los que siquiera se interesaban por conocer su obra. Ni tampoco ahora. «Casi nadie la conoce, y de hecho no se la cita ni estudia, ni de referencia», admite el teólogo Jaime Carmona, de la Conferencia Episcopal.

«Desde que éramos niñas, escuchábamos de la familia rumores que, ahora de adulta, les doy más sentido. Nos preguntábamos cómo en una época de tanta ignorancia, si entre ellos había un cura sabio, eso podía ser causa de envidia, por lo que habría sido de alguna forma “castigado” en un pueblito como Quillón [de Biobío; no “Quellón” de Chiloé], recluso, sin tribuna universitaria, y sus libros editados y conocidos mucho más afuera de Chile, que aquí. La verdad es que eso siempre lo encontramos muy extraño», recuerda su sobrina bisneta Ana María Jünemann, profesora de Historia.

Se dice que los pocos ejemplares del Nuevo Testamento del padre chileno-alemán, agotados en breve tiempo, fueron mejor conocidos en Europa, obra monumental que se consideró «cuidadísima y en ocasiones elegante a las mil maravillas», y elogiada en la Comisión Bíblica de Roma. Asimismo, sus estudios humanísticos como su *Literatura Universal*, de 1927, tuvo ocho ediciones por Herder, el entonces librero-editor pontificio, de Friburgo de Brisgovia, Alemania. Y fue famosa, porque «estaba recomendada por el Ministerio de Instrucción Pública de España y adoptada como texto en los institutos oficiales de Venezuela», pero no en Chile. *El Correo de Tortosa*, diario de España, decía en 1930: «Jünemann, así a secas, es un nombre glorioso, consagrado ya como autoridad indiscutible en el mundo de las letras». En ese mismo tenor se refieren varios periódicos extranjeros con respecto a su *Estética Literaria*, su *Literatura y antología españolas* y su *Antología universal de los mayores genios literarios*; y de carácter místico: *La Devoción al Sagrado Corazón de Jesús*, *La vida de Paulina de Mallinckrodt*, *Konnnersreuth* (una biografía sobre la vidente y primera mujer estigmatizada del siglo XX, Teresa Neumann), *La vida de N.S. Jesucristo y de María, según las revelaciones de Ana Catalina de Emmerick* (recuérdese que el popular film «La pasión de Cristo», de Mel Gibson, está inspirado en esas visiones). Todas obras publicadas, con varias ediciones, también por Herder (Biblioteca Nacional, sin fecha). El políglota de nueve lenguas –que como cuenta en su autobiografía *Mi Camino* tras una sacrificada travesía arribó con su familia a los 8 años de edad a Puerto Montt; que fue condecorado a los 16 por el entonces rector de la Universidad de Chile, Ignacio Domeyko, debido a su admirable dominio del latín; que cerca de los 20 corregía los informes del obispo de Concepción, José Hipólito Salas; que llegó a ser rector del seminario en dicha ciudad, así como párroco y capellán (Jünemann, 1939)– casi nadie lo recuerda hoy.

Sin embargo, recordemos que la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que se celebró en el Vaticano del 5 al 26 de octubre de 2008 –y en la cual participó destacadamente nuestro obispo Santiago Silva–, tuvo como tema «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia», resultado de la cual se publicó en 2010 la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini* (Benedicto XVI, 2010). Sobre su importancia, nuestra Universidad celebró el 3 de septiembre de este año el Encuentro Arquidiocesano de Animación Bíblica Pastoral, dirigido por nuestros profesores Francisco Montero y Katuska Cáceres, junto al especialista en Antiguo Testamento, Mike van Treek, de la P. Universidad Católica.

El papa Benedicto XVI, en este documento, anima a nuevas y mejores traducciones, difusión y estudio cuidadoso de la Biblia, tras constatar que varias Iglesias locales todavía no disponen de una versión integral en sus propias lenguas, para así satisfacer en alguna medida el hambre y la sed por sus verdades. Pero ante todo aviva a la formación de especialistas dedicados, así como a la colaboración ecuménica con las diversas Sociedades Bíblicas (Benedicto XVI, 2010: n. 115). Consagración a la cual Jünemann fue un adelantado para su época, aunque de forma limitada.

Pero a este hombre estudioso, que tradujo toda *La Ilíada*, de Homero, así como textos escogidos de varias obras clásicas que incluyó en sus recopilaciones de crítica filológica, y a quien le aplica la realista constatación de Jesucristo: «Nadie es profeta en su propia tierra», que Jünemann traduce: «No hay profeta deshonrado, sino en su patria y en su casa» (*Mateo* 13, 57), gracias a Dios se le puede descargar gratis y completa desde Internet (www.synodia.org, sin fecha) en esta gloriosa primera Biblia en castellano en nuestra América Latina.

Referencias

- Benedicto XVI (2010). *Exhortación Apostólica Postsinodal Verbum Domini, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Santiago de Chile. San Pablo. Biblioteca Nacional, Referencias Críticas (archivo de recortes de prensa): “Jünemann”.
- Brown, Raymond; Fitzmyer, Joseph; Murphy, Roland (eds.) (2004). *Nuevo comentario bíblico san Jerónimo –Nuevo Testamento*. Estella (Navarra). Verbo Divino.
- Carbullanca, César (2011). *El movimiento bíblico en Chile: Jalones de una historia, características y desafíos*. Talca (Chile). Universidad Católica del Maule.
- Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación. En: *Documentos del Concilio Ecuménico Vaticano II* (1965). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Jünemann, Guillermo (1939). *Mi Camino: apuntes autobiográficos sobre mi labor crítica*. Temuco (Chile), Padre Las Casas.
- Ib. (1992). *La Sagrada Biblia. Versión de la Septuaginta al español*. Concepción (Chile), Seminario Conciliar.
- Straubinger, Juan (1948). *Nuevo Testamento*. Buenos Aires, Desclée de Brouwer.

Entrevistas privadas del autor a:

Barrios Valdés, Marciano (historiador).

Cáceres Pavez, Katiuska (teóloga).

Carbullanca Núñez, César (teólogo).

Carmona Fernández, Jaime (teólogo).

Chuecas Saldías, Ignacio (teólogo).

Jünemann Holtheuer, Ana María (historiadora).

Moreno Casamitjana, Antonio (obispo).

Silva Retamales, Santiago (obispo).